

*José G. Moreno de Alba:*

# Hacia una conciencia panhispánica II

Adolfo Castañón

*La trayectoria de José G. Moreno de Alba constituyó un ejemplo de curiosidad intelectual, exigencia académica, entrega docente, sensibilidad para la divulgación y capacidad de gestión: un filólogo que se especializó en un campo difícil y movedizo, un organizador y administrador de instituciones y un auténtico formador de nuevas vocaciones en el trabajo lingüístico, así como un hábil difusor del saber cultural.*

I

José G. Moreno de Alba (1940-2013) era un lector inteligente y gustoso, un escritor afilado con un instinto peculiar para reconocer su camino en las sendas perdidas del idioma. Un lector que escribía; un escritor que leía. Un hombre que sabía sopesar las palabras y las letras, tanto los signos que iba ensartando como aquellos que iba reconociendo según los caminos leídos, releídos, escritos, parafraseados en asuntos y trasuntos. Era memorioso. Al igual que el doctor Johnson, José G. era buen conversador, cualidad que se palpa en su prosa. No tuvo un seguidor y biógrafo como Boswell, que apuntara sus ocurrencias y dichos. Su montaña interior tenía estribaciones hacia las ciencias —he ahí su riguroso trabajo como filólogo— tanto como hacia la política —he ahí su herencia como gestor de ambiciosos

proyectos intelectuales, administrador parsimonioso de recursos materiales y humanos y como director de la Academia Mexicana de la Lengua—. Juicioso. No se puede decir de muchos otros en nuestros alocados días. Por eso parecía como que andaba con pies de plomo; era quizá cierto, en cualquier caso: cada paso que daba lo llevaba a otro y en su andadura no había vacilaciones, palinodias, arrepentimientos. Además de juicioso, era dueño de un campechano sentido del humor que lo afinaba a la sensibilidad de un Antonio Alatorre, Luis González, José Fuentes Mares, Andrés Lira y otros romeros de esas sendas coloquiales. Hombre de buen gusto, se inclinaba por tributar homenajes oblicuos: ahí está el que le rindió perdurablemente a don Victoriano Salado Álvarez al intitular una memorable sección periodística con el lema *Minucias del lenguaje*, usado en su momento por ese autor. Es fama que le gustaban los toros y una

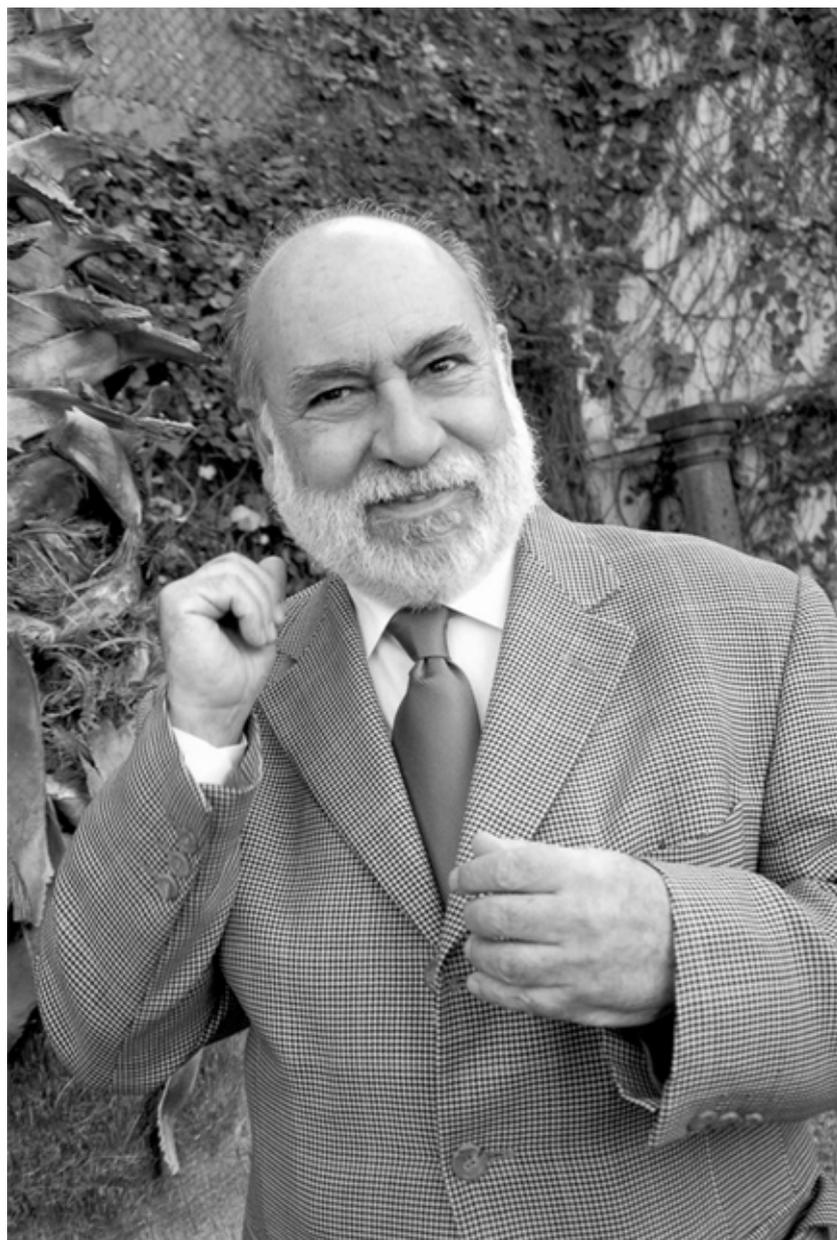
cierta buena comida mexicana sazonada oportunamente con agave. De migaja en migaja se hace un pan: sus *Minucias* llegaron a ser *Suma*, y luego podría decirse que han pasado a ser parte del tesoro lingüístico y crítico hispánico que nos heredó este curioso escritor capaz de medirse con su maestro Juan M. Lope Blanch o de apreciar desde adentro del oficio lexicográfico y gramático a las nobles figuras de Pedro Henríquez Ureña y Rufino José Cuervo. Hay muchas formas de leer esas *Minucias*. Algunos las consultan como un diccionario de autoridades, otros las practicamos como un libro de aventuras para esos niños atentos a los avatares de la letra, otros más pretenden que ahí se despereza un ángel o un demonio. Ahora que lo pienso, don José G. tenía una cierta sombra fáustica, que su apariencia metódica y decorosa sabía soslayar. Desde muy joven fue académico y descubrió la juiciosa sabiduría del sentido común que algunos pensamos debe entenderse en clave plural: los sentidos comunes que están detrás de la concordia, las fibras juiciosas que responden de la solidaridad no sólo con lo inmediato sino con aquellos otros intangibles reinos incrustados en la palabra y en la sintaxis. Moreno tenía una punta irónica, a veces un sí es no es socarrona. Huelga decir hasta qué punto su bronce reflejaba los tornasoles del idioma regional. Mucho sabía de lingüística, pero más de literatura. Por eso sus *Minucias del lenguaje* pueden ser también recomendadas al aspirante a escritor como una suerte de Guía Roji capaz de orientar al recién llegado por la vasta, tentacular ciudad del idioma. Moreno aprendía, sabía aprender, oía, sabía oír; por eso en su escritura resuenan siempre las gotas de otras lluvias.

La curiosa escritura de José G. Moreno de Alba sobre las aventuras e historia de las palabras se inscribe en un linaje cuya vocación es la de un singular espionaje: el del lenguaje, el de Cristóbal Suárez de Figueroa, autor de *El pasajero*, el de Francisco Cascales, Antonio de Valbuena (Venancio González), el autor de la *Fe de erratas del nuevo diccionario de la Academia* y los divertidos *Ripios académicos*, Fray Gerundio, Rufino José Cuervo, Victoriano Salado Álvarez, Francisco J. Santamaría, Arturo Capdevila, Ángel J. Rosenblat, Antonio Alatorre, Juan M. Lope Blanch, Julio Casares, Fernando Lázaro Carreter, Alexis Márquez Rodríguez, Gutierre Tibón, Raúl Prieto, Gabriel Zaid, Alex Grijelmo, Humberto Sánchez Morales: el gran pueblo de la palabra del cual él fue un guía eminente.

## II

En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, pronunciado el 10 de marzo de 1978, José G. Moreno de Alba describía las tareas que su vocación fi-

lológica le prescribía reanudando en parte algunas que a su vez su predecesor (Daniel Huacuja) había cumplido: “hoy más que nunca debe renovarse el interés de la Academia Mexicana por colaborar, dentro de sus limitaciones, para que se conserve la pureza de nuestra lengua, para que se procure su unidad sustancial, para que se rechacen neologismos impropios, para que se repelan vulgarismos degradantes. Es obligación de esta Academia proponer a las autoridades competentes los remedios que juzgue oportunos para corregir desmanes contra nuestra lengua, que gente sin escrúpulos comete o permite. No cabe duda de que una manera inequívoca de conocer el nivel de desarrollo cultural de un pueblo es observar cómo se expresa. En los tiempos actuales, en que la técnica intenta dominarlo todo y en que lo único que parece merecer deferencia es la producción de bienes tangibles y perecederos, si no queremos caer en un materialismo desacorde con la nobleza humana, si se acepta como necesario un equilibrio entre tecnología y humanismo, comencemos por vigilar lo más hu-



José G. Moreno de Alba

mano que tenemos, medio admirable de comunicación entre nosotros mismos, nuestra lengua. Téngase en cuenta, además, que mantener la unidad esencial del idioma es la mejor manera de conservar la unidad cultural como pueblo, como nación. Del mismo modo como puede calificarse culturalmente a un individuo a través de la manera como habla o escribe, no hay por qué dudar de que un pueblo puede igualmente juzgarse por el esmero con que las autoridades se afanen por defender la integridad de la lengua. No debe permitirse, por ejemplo, que aquellos que disponen de los medios de comunicación transmitan al pueblo que, ingenuo e indefenso, los considera como modelos a quienes se puede imitar, no sólo voces y expresiones impropias así como neologismos perniciosos, sino también, y con aterradora frecuencia, francas vulgaridades, que en poco tiempo oímos repetir a lo largo y ancho del país, sobre todo a los jóvenes, más

dispuestos a aceptar las novedades, aunque éstas sean en demérito de la propia dignidad”.<sup>1</sup>

Esta descripción podría leerse bajo muchas claves pero una *es la de una agenda* en movimiento, un *progreso del peregrino*. Un proyecto de trabajo y de vida que su autor —Moreno de Alba— supo ir suscitando a lo largo del camino. La capacidad para concebir y organizar un camino se explica en función de un conjunto de virtudes que, en su salutación a José Moreno de Alba, Rubén Bonifaz Nuño expresó así: “Dos cualidades de Moreno de Alba me atrajeron desde entonces: la organización gramatical de su espíritu, que lo conduce sin falla a la claridad perfecta en el juicio, y la seriedad con que se enfrenta a los aspectos esenciales de la vida. Claridad y seriedad son las virtudes que, a mi modo de ver, constituyen la esencia de este hombre”.<sup>2</sup>

### III

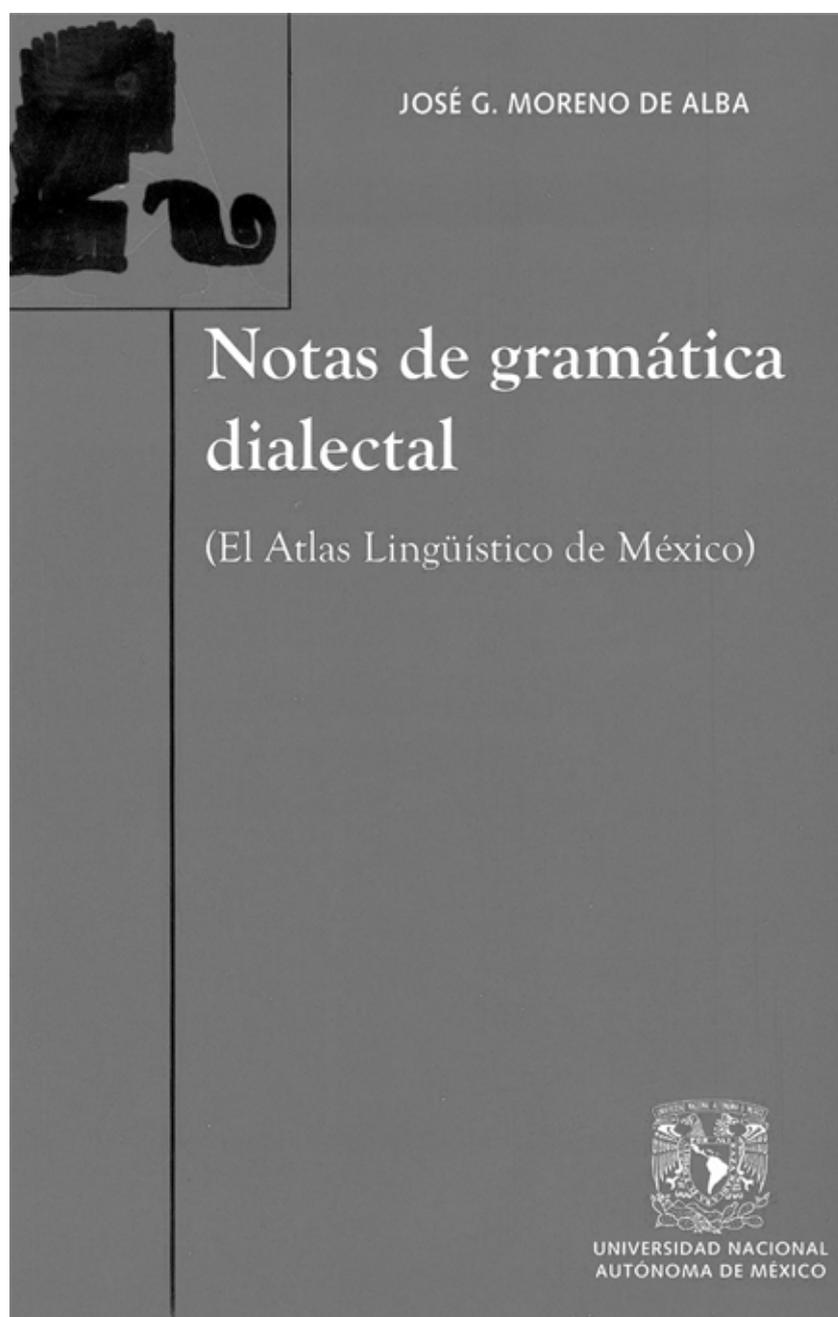
Recordemos que desde mediados de los años ochenta del pasado siglo xx José G. Moreno de Alba publicó en la prensa mexicana —afortunada prensa— una serie de artículos sobre asuntos lingüísticos y léxicos que tituló *Minucias del lenguaje* haciendo eco, como ya se dijo, al título del escritor Victoriano Salado Álvarez. Fue reuniendo esas contribuciones en las diversas entregas de *Minucias del lenguaje* y en *Nuevas minucias del lenguaje*.<sup>3</sup> El libro *Suma de minucias del lenguaje*<sup>4</sup> recapitula esa tarea en 341 artículos dispuestos en orden alfabético. El libro se inscribe en esa “tradicción de reflexionar sobre asuntos de corrección lingüística” que se inicia con las *Cartas filológicas* de D. Francisco Cascales [1563?-1642] cuyos títulos van de “Palmetazos” a “Consultorio gramatical”, incluyendo el *Dardo en la palabra* según reza el título de Fernando Lázaro Carreter o el reciente humorístico *Dándole a la lengua. Lo que siempre quisiste saber del español para estar en el “Candelero” y no en el “Candelabro”* (Maeva, 2003). En este horizonte también se inscriben las simpáticas obras de Antonio de Valbuena (cuyo seudónimo fue Miguel de Escalada) —escritor español del siglo xix hoy olvidado—. Su *Fe de erratas del nuevo diccionario de la Academia* en dos tomos culmina la serie de obras dedicadas a estos temas por él mismo: *Ripios académicos* y *Ripios ultramarinos*.

<sup>1</sup> José G. Moreno de Alba, “Unidad y variedad del español en América” en *Memorias de la Academia Mexicana*, tomo XXIV [1976-1980], México, 1989, pp. 160-161.

<sup>2</sup> Rubén Bonifaz Nuño, “Contestación al discurso anterior”, *op. cit.*, p. 177.

<sup>3</sup> José G. Moreno de Alba, *Nuevas minucias del lenguaje*, FCE, México, 1996 (segunda reimposición, 2000).

<sup>4</sup> José G. Moreno de Alba, *Suma de minucias del lenguaje*, FCE, México, 2003.



También en esta perspectiva me parece que deben recordarse las *Cosas del lenguaje* y los *Divertimentos filológicos* de don Julio Casares o la sección periodística *La palabra* del venezolano Alexis Márquez Rodríguez. En un sentido más amplio *Suma de minucias del lenguaje* debe inscribirse en el marco conceptual que se deriva de los estudios reunidos en el libro *El español en América* que incluye tanto aspectos y estudios gramaticales como sociohistóricos y léxicos, y podría leerse como un ensayo de lectura transversal de las fuentes en proceso.

Más que normativa en el sentido de fiscalizadora y prescriptiva dicha reflexión tiende en el caso del libro que nos ocupa a ser descriptiva, expositiva. A través de varios centenares de artículos reunidos en esta *Suma de minucias del lenguaje* el autor recorre y repasa esa epidermis —la expresión es suya—, esa piel de la lengua compuesta por palabras y expresiones usadas en distintas regiones y niveles sociales y que suelen encontrarse en las fronteras del uso oficial sancionado por el diccionario. Voces pues provenientes del idioma español hablado en México y que no necesariamente están en los diccionarios a pesar de ser usadas por algunos o muchos de sus habitantes. Voces que al ser palpadas y escuchadas por el estilo crítico del lingüista resultan reconocidas o desconocidas, registradas, recomendadas o enmendadas. En estas minuciosas auditorías del lenguaje destacan, a mi ver, tres valores: en primer término la curiosidad y atenta disponibilidad de este espectador del lenguaje que sabe mirar y examinar con admiración inteligente y sensitiva el espectáculo incesante del habla nacional. Pues, como escribe Moreno de Alba: “El español mexicano, los hablantes mexicanos, generan a cada paso, con sorprendente naturalidad, vocablos destinados a permanecer. Muchos neologismos, hay que reconocerlo, resultan no sólo innecesarios sino vulgares y estúpidos; no deben preocuparnos mucho, pues están condenados a desaparecer. Los neologismos que se quedan son los que, como *ningunear*, son resultado de la inteligencia y de la sensibilidad de los hablantes, y no necesariamente de los más cultos, ya que con frecuencia es el pueblo el mejor inventor de palabras. Este es el caso, creo yo, de *ningunear*”. Esta apertura, esta buena disposición de Moreno de Alba, no sólo es intelectual sino humana y detrás de ella está la virtud moral de la generosidad; en segundo término, la sólida formación del investigador que lo mismo sabe esgrimir a los latinos Suetonio y Ovidio para esclarecer el uso de las voces *trivial* / *trivia* que acudir a la sabiduría regional para explicar por qué el concepto “leporino” tiene que ver con las palabras *eclipse*, *eclipsado*, “comido de luna” (por cierto uno de los artículos más curiosos del libro, p. 252).

Esta buena condición intelectual se explica por la unión del saber y el conocimiento eruditos y librescos que se complementan con una vivacidad y capacidad

para reconocer lo inmediato y —para evocar a Aristóteles— recordar el presente en el presente. Dicho en prosa mexicana, a Moreno de Alba no se le va una y lo mismo se detiene a sopesar el invento “granola” que a desmembrar la superfetación que corre en la voz “ciudadanizar la cultura”; lo mismo se explaya sobre la realidad de la voz “mexiquense” que lleva al lector a preguntarse si a propósito del asunto del libre comercio: “¿es lo mismo para México tratado que *agreement*?, ¿es la misma cosa para los Estados Unidos *agreement* que tratado?” (p. 631) o interroga la voz quizá sorprendentemente de origen mexicano “valet-parking”.

A este practicante eminente de la medicina general del lenguaje, tan atento a su sintomatología y tan capaz de ir tentando y registrando los cambios sociales y culturales en los deslizamientos semánticos, en los pasos insensibles de las palabras hacia nuevos sentidos, lo caracteriza a mi ver una tercera cualidad no muy frecuente: me refiero al discernimiento, a la ponderación, a la fortaleza del juicio que sabe ir poniendo en la balanza crítica los pesos y contrapesos de cada caso para extraer de ahí una lección o lectura justa, el discernimiento que sabe separar el agua pura del líquido espurio, y no cae nunca en el caso de tirar al niño con el agua sucia. La preocupación por la justeza desvela a este observador del firmamento mental fulgurante en las palabras. Lo desvela, es cierto, en el lenguaje y por el lenguaje pero dicho desvelo puede tener alcances de otra índole —por ejemplo política— como cuando examina la expresión “El Alcázar del Castillo” y nos recuerda que se trata de “expresión pleonástica” y “parece albarda sobre parejo” ya que “Si decimos ‘el alcázar del castillo’ incurrimos en una curiosa tautología: el castillo del castillo” (p. 263). Dicho desvelo por la justeza de las palabras trasparente a mi ver un amor por la belleza entendida como exactitud, proporción y claridad. Gracias al conjunto de estas virtudes, Moreno de Alba sabe situar en el lugar que le corresponde las divergencias de uso entre el español hablado en México y el español hablado en América y así ir poniendo los puntos sobre las íes —cuando no sobre las jotas— en la comedia cada vez menos dramática de los equívocos entre ambos usos. Véase por ejemplo el artículo dedicado a “Ducha/regadera” (p. 250).

Generosidad, orden y juicio, amor por la claridad son las virtudes intelectuales y morales que respaldan y dan autoridad a esta *Suma de minucias del lenguaje* a la que deseamos larga vida y que por ende desde su publicación reconocíamos como provisional pues José Moreno de Alba era un investigador infatigable que había recorrido y seguiría recorriendo los campos del español hablado y escrito en el mundo. Estas virtudes explican y respaldan por qué el doctor José Moreno de Alba presidió con tanta autoridad intelectual la corporación llamada Academia Mexicana de la Lengua.

Por último, me gustaría expresar un reconocimiento a la persona que estuvo al cuidado de esta edición. Me refiero a Maribel Madero Kondrat. Gracias a su pericia y oficio transparentes llega este libro imprescindible a nuestras manos.

IV

José G. Moreno de Alba era como uno de esos oyentes ideales que rodeaban a Juan de Mairena en sus desafiantes cursos de filosofía y sofisticada, verdaderas terapias del y por el lenguaje. Una de sus inquietudes tenaces fue el del español hablado en México, la lengua de los chilangos. No es extraño que en un libro que homenajea su persona uno de los contribuyentes haya recordado la canción de *La chilanga banda* de Jaime López de Café Tacuba que así se deletrea:

¡Ya chole chango chilango,  
Qué chafa chamba te chutas!  
No checa andar de tacuche  
Y chale con la charola;

Tan choncho como una chinche;  
Más chueco que la fayuca;  
Con fusca y con cachiporra  
Te pasa andar de guarura.

Mejor yo me echo una chela  
Y chance enchufo una chava;  
Chambeando de chafirete,  
Me sobra chupe y pachanga.

Si choco saco chipote;  
La chota no es muy molacha;  
Chiveando a los que machucan  
Se va en morder su talacha.

De noche caigo al congal:  
¡No manches!, dice la changa.  
A choro de teporocho  
Enchifla y pasa la pacha.

Pachucos, cholos y chundos,  
Chichinflas y malafachas,  
Acá los chómpiras rifan  
y bailan tíbiri-tábara.

Mejor yo me echo una chela  
Y chance enchufo una chava;  
Chambeando de chafirete  
Me sobra chupe y pachanga.

Mi ñero mata la bacha  
Y canta la Cucaracha;  
Su cholla vive de chochos,  
De chemo, churro y garnachas.

Pachucos, cholos y chundos,  
Chichinflas y malafachas,  
Acá los chómpiras rifan  
Y bailan tíbiri-tábara.

Transando de arriba abajo  
Ahí va la chilanga banda.  
¡Chinchín, si me la recuerdan;  
Carcacha y se les retacha!<sup>5</sup>

En sus *Minucias del lenguaje* José G. Moreno de Alba escribe sobre la voz *chilango*:

En la edición de la *Ortografía* académica (Espasa) del año 1999 aparecía, en el apéndice 2 (“Nombres de los países reconocidos por los organismos internacionales, con sus capitales y gentilicios”), chilango como gentilicio de “México, D.F., capital de México”. Asimismo, en el DRAE de 2001, chilango tiene dos acepciones, ambas con la nota de “coloquial”: 1) Natural de México (¿país, ciudad?); 2) Perteneciente o relativo a esta ciudad (aquí se aclara que es “ciudad”) o a “este Distrito Federal, en México” (?). No deseo entrar, en esta nota, en el espinoso asunto de la etimología y origen de la voz chilango. Mejor debería decir: no puedo entrar, sobre todo porque no tengo la menor idea sobre la historia o procedencia de esa palabra. Las diversas hipótesis que sobre este tema he leído me parecen inaceptables. Lo que resulta indiscutible es que los registros escritos de la voz son muy recientes: fines del pasado siglo XX.

Quiero detenerme en las marcas que lleva la voz en cada una de las dos obras citadas: por una parte, la marca de “gentilicio” (en la *Ortografía*) y, por otra, la de “coloquial” (en el DRAE). La gramática explica que el adjetivo gentilicio es aquel que denota la procedencia geográfica de las personas o su nacionalidad. Los gentilicios pertenecen a la clase de palabras llamadas “derivadas”. Constan éstas de una raíz y de un sufijo (mexicano: mexic- [raíz] + -ano [sufijo]). En el caso de los gentilicios, en la raíz está la información del lugar; el concepto ‘originario, procedente de’ está en el sufijo (mexicano: ‘originario, procedente de México’). Los gentilicios, como cualquier otro tipo de palabras derivadas, se estudian en la morfología

<sup>5</sup> Citado en *Estudios de lingüística y filología hispánicas en honor de José G. Moreno de Alba (Memoria del IV Encuentro de Lingüística en Acatlán)*, coordinado por Ignacio Guzmán Betancourt y Pilar Máñez, UNAM, México, 2003, pp. 122-123. En la edición de esta Memoria intervinieron también: Ascensión H. de León-Portilla, Luis Fernando Lara, Vicente Quirarte, Rebeca Barrida, Miguel Ángel Castro.

(una de las partes de la gramática). No toda palabra que designa procedencia u origen es un gentilicio. Para que un adjetivo pueda llamarse gentilicio se requiere que esté formado precisamente mediante una derivación: mexicano procede de México; madrileño, de Madrid; aguascalentense, de Aguascalientes... Hay en español muchas palabras que, sin ser derivadas, designan procedencia u origen. No conviene llamarlas gentilicios, pues al no ser derivadas, no constan de raíz y sufijo, como se exige que estén formados los gentilicios.

En México y en otras partes de América se emplea en ocasiones el adjetivo, evidentemente despectivo, gachupín, para designar, en general, a los españoles. ¿Quiere decir que gachupín es un gentilicio? De ninguna manera, pues no se trata de una voz derivada. Es probable que, hace siglos, a cierto tipo de españoles establecidos en América, por determinadas razones, se les llamara gachupines (o algo semejante). Poco a poco esa designación fue extendiéndose a otros españoles no radicados en América, y el vocablo acabó por ser, en alguna medida, y dentro de determinados dialectos, contextos y registros, sinónimo de español. El despectivo gachupín, por tanto, designa hoy procedencia u origen, pero no es un gentilicio, pues no es fragmentable en raíz y sufijo, como todo gentilicio. Lo mismo sucede con otros adjetivos, no necesariamente despectivos, como jarocho ('originario del puerto de Veracruz') o tapatío ('de Guadalajara'). Ni jarocho ni tapatío

tienen, en su estructura, una raíz que remita a la ciudad de Veracruz o de Guadalajara. No son, por tanto, gentilicios, aunque signifiquen procedencia u origen. A este tipo de voces pertenece chilango (sin ser gentilicio, refiere a un origen o procedencia). Resulta por tanto inconveniente su inclusión en la lista de gentilicios que aparece en la *Ortografía*.

Ahora bien, en el DRAE, chilango tiene la marca de coloq. (coloquial). En el mismo diccionario se nos aclara que coloquial es lo "propio de una conversación informal y distendida". Creo que, por ejemplo, jarocho o tapatío podrían merecer en efecto esa marca (coloquial), aunque bien pueden no llevarla. En la nota biográfica de un personaje importante, tal vez no se anotaría "destacado político jarocho", sino veracruzano; pero cualquiera diría "me gusta el buen humor de los jarochos". La marca que no podría llevar ni tapatío ni jarocho es la de despectivo. Por sí mismas estas voces no resultan ofensivas. En el otro extremo estaría el vocablo gachupín. En efecto, la sola voz y no necesariamente el contexto manifiesta cierta idea de menosprecio.

En mi opinión, chilango está más cerca de lo despectivo (como gachupín) que de lo meramente coloquial, como podría ser jarocho. En el CREA (Corpus de Referencia del Español Actual), hay sólo ocho apariciones de chilango. La más antigua es apenas de 1987, y procede de *Cristóbal Nonato*, de Carlos Fuentes. En todos estos tex-



© Archivo Adolfo Casarón

José G. Moreno de Alba como director de la Academia Mexicana de la Lengua

tos chilango tiene, en mayor o menor medida, un evidente valor despectivo. Resulta particularmente revelador un texto procedente de un diario de Yucatán en el que se discute precisamente el sentido que el autor quiso dar a esta voz. El título del artículo es “Chilangos y chilanguismo”. Copio sólo un breve fragmento: “Tal altanería, combinada con la idea de que fuera de México todo es Cuautitlán, constituye la infraestructura psicológica del chilanguismo. Agréguese el centralismo irreductible del gobierno y la abyección de los millones que ignoran que ‘mandatario’ significa ‘mandadero’ y no ‘mandamás’, y tendremos la explicación de esa imaginaria superioridad que convierte a algunos capitalinos en chilangos al momento en que salen a la provincia. Huelga decir que mientras más civilizado sea un capitalino, más ajeno es a esa barbarie. Diría el gran Ortega que no es más que una manifestación local de la rebelión de las masas, cuyos entes llegan ‘al interior del país’ a enjuiciarnos sin más criterio que su ignorancia, ni más autoridad que la de venir de la capital. Del odio suscitado por el centralismo en general y por el chilango en particular salió la igualmente odiosa consig-

na de ‘Haz patria: mata un chilango’”. Queda claro que chilango no es exactamente una voz coloquial, sino francamente despectiva, por decir lo menos. Con alguna frecuencia se emplea para denigrar o injuriar. Si nos atenemos a la explicación transcrita (del diario yucateco), resulta que chilango no sólo no es gentilicio sino que tampoco designa a los naturales de la ciudad de México, ni siquiera coloquialmente. Designa sólo a algunos capitalinos que parecen hacerse merecedores de calificativos tales como centralistas, abyectos, bárbaros, ignorantes, odiosos... No todos los capitalinos son chilangos. Los chilangos son una clase particular de capitalinos. No dudo de que hoy también, así sea esporádicamente, se emplee el adjetivo chilango sin estas claras connotaciones injuriosas y que, al paso del tiempo, pueda llegar a ser un simple sinónimo de capitalino. Mientras ello sucede, convendría corregir cuidadosamente la definición del vocablo en los diccionarios.<sup>6</sup>

Que me perdonen los lectores la extensa cita que acabo de hacer sobre la voz *chilango*. A propósito de ella, lamento no haber tenido la oportunidad de conversar con más detalle acerca de la misma. La palabra *chilango* resulta familiar a los académicos aunque no se pongan de acuerdo sobre su origen. Alguna vez, mi amigo Enrique Fuentes Castilla de la Antigua Librería Madero me transmitió una etimología traviesa de esta voz: *chilango* vendría de *cilanco*, “charco que deja un río en la orilla al retirar sus aguas o en el fondo cuando se ha secado”. Según Enrique la corrupción de esta voz en la pronunciación o en el oído de los naturales habría producido *chilango*, que podríamos traducir como “hombre de los charcos” o “nativo de los lodos”. La propuesta caprichosa del librero Enrique Fuentes atrajo la atención del filólogo aficionado que lleva mi nombre, aunque no creo que sea del agrado de muchos. Sobre la voz *chilango* ha corrido además no poca tinta. Gabriel Zaid, con su habitual capacidad para la condensación panorámica (cita, por ejemplo, la propuesta de Francisco J. Santamaría), ha hecho en una “letrilla” una recapitulación de esa voz esquiva donde la propuesta arriba citada no tiene lugar, en *Letras Libres* de noviembre de 1997. Es probable que José G. hubiese estado de acuerdo en parte con él. **U**

<sup>6</sup> También la registran otros instrumentos de la Academia. El *Diccionario Geográfico Universal* de Guido Gómez de Silva: *chilango* (adjetivo y sustantivo), de la ciudad de México, o del Distrito Federal (México). El *Diccionario escolar de la AML*: *chilango, chilanga*. Adj. 1. Perteneciente o relativo al Distrito Federal. || adj./s. 2. Natural del Distrito Federal: Mis vecinos son chilangos. El *Diccionario de mexicanismos de la AML* (presentación por José G. Moreno de Alba, dirección de Concepción Company Company, Siglo XXI/AML, México, 2010, p. 116): *chilango, ga*. Adj. coloq. Natural del Distrito Federal. U.t.c.sust. // 2. coloq. Relativo o perteneciente al Distrito Federal.

